

El viernes llegaron los huéspedes restantes, por lo cual nos reunimos con ellos en la casa de enfrente a eso de las cinco de la tarde. De acuerdo con las indagaciones de El, YeJin ya había averiguado que el personal había sido contratado de modo provisional, por lo cual las ayudas de cámara no tenían nada que referirle acerca de Jimin o la relación que sostenía conmigo. Debía estar indeciblemente frustrada, puesto que Jimin y yo nos habíamos limitado a contarle a Seokjin que nos habíamos conocido en un festín, y él había quedado más que satisfecho con aquella corta explicación. YeJin se había retirado a su habitación después del almuerzo: según Jin, había pasado muy mala noche y aún se sentía indispuesta, pero se reuniría con nosotros a la hora de la cena. Sin embargo, cuando apenas entrábamos a la casa conocimos al pequeño Daniel, a quien habían vestido de tul y encaje, lo cual me apesadumbró, pues no cesaba de llorar: era evidente que estaba muy incómodo. La señora Vogel, la pesada aya de YeJin que ahora se hacía cargo de Daniel, lo tenía en brazos y lo mecía de un lado al otro para hacerlo callar, pero el chiquillo se ponía cada vez más rojo, de modo que no pude tolerarlo más y le pedí que me lo diese, a lo cual accedió con inmenso recelo. El niño se aquietó en cuanto susurré en su oído una fórmula para calmar el escozor que había visto en el grimorio de los Drăculești, y se quedó dormido en paz.

—¿Cómo lo logró? —inquirió la señora Vogel, estupefacta.

—Me lo ha dicho en varias ocasiones —repliqué, arqueando una ceja y entregándole al niño —soy un brujo —Ella, por supuesto, jamás creería algo semejante, así que resopló y tomó a Daniel para llevarlo a la habitación. Jimin y yo invitamos a nuestros huéspedes a pasar al acogedor invernadero que hacía las veces de jardín interior, donde todos nos instalamos en poltronas tapizadas para beber el acostumbrado aperitivo de las tardes: algunas botellas del más fino ajeno habían sido distribuidas previamente en dos mesitas sobre las cuales había copas de pie corto y ancho, jarras de agua helada, azúcar en cubos y cucharitas perforadas. Ese día me había puesto un traje negro con adornos orientales de flores y hojas color amatista, y llevaba alrededor del cuello una cinta de terciopelo negro de la cual pendía un medallón de marfil y corindón que ostentaba el sello del dragón, el cual Jimin había hallado en el ático de nuestra casa. Los parientes lejanos de Jimin que habían llegado de Budapest conversaban jovialmente entre ellos: estos eran dos hombres extremadamente altos y guapos, uno rubio y otro moreno, y sus respectivas esposas, dos mujeres de singular belleza. Conformaban un pequeño grupo muy interesante, así que quise ubicarme cerca de ellos para observarlos a la luz de las lámparas de bronce y vitral. Mi instinto de strigoiacă percibía una cualidad sobrenatural en el mayor de los dos hombres, quien debía tener unos treinta y cinco años de edad. Sin embargo, aunque intuía que dicha cualidad estaba relacionada con su sangre, no lograba discernir exactamente de qué se trataba por más que mirase dentro de sus ojos grises, cuyo color variaba ligeramente dependiendo del tema de conversación que estuviese tratando. Cuando escuché que su esposa y la otra mujer, quien era francesa, dirigían un orfelinato en Pest, me dije que no podía ser casualidad:

—¿No serán ustedes quienes ofrecieron hacerse cargo de unos chiquillos huérfanos cuyos parientes fueron asesinados en la cárcel de Vršac hace poco? —inquirí en húngaro, con el corazón en vilo.

—¡Así es! —replicó la mayor de las dos mujeres, llamada EunHa, quien me inspiró una profunda confianza casi de inmediato —La historia nos conmovió y, además, SooBin estaba seguro de que la realidad era mucho peor de lo que contaban los diarios —Choi SooBin, su esposo, era el hombre de los ojos grises.

—¿De veras, señor Chaoi? —le pregunté extrañado.

—Por supuesto —respondió él, con una sonrisa franca que me tranquilizó —Las pequeñas comunidades religiosas que buscan aislar a sus miembros suelen ser escondites predilectos de malhechores y los niños que están a su cargo son quienes siempre sufren más. Según supimos más adelante, el reverendo resultó ser un verdadero monstruo, tal y como lo sospechaba —No pude más que felicitarlo por su perspicacia y, a medida que la conversión progresaba, no solo comprobé que mis acompañantes eran encantadores sino que tuve la certeza de que eran absolutamente sinceros en su deseo de ayudar a las pequeñas víctimas de la congregación. Por ello decidí contarles, sin adentrarme en detalles, que Jimin y yo habíamos hecho parte de la investigación contra SungRok después de habernos enfrentado a él y a sus seguidores en varias ocasiones.

—¿Ustedes estaban allí? —inquirió el hombre rubio, que era el menor de los dos, atónito. Este era casi tan apuesto como Jimin y tenía un aire de realeza antigua que evocaba imágenes de batallas en las que el coraje y el honor aún primaban. Su nombre, según aprendí, era YeonJun, y era algo así como un primo cercano del otro.

—Así es —le dije, suspirando —Jimin y yo nos conocimos en Banat, muy cerca de Dobro, donde estaba radicada la congregación.

—¡Qué coincidencia! —exclamó con marcado acento francés su joven esposa, llamada SaeRon, cuyos ojos revelaban una dulzura infinita —Me encantaría saber más al respecto, pues estoy encargándome personalmente de los niños con la ayuda de Lucía, quien fue mi aya toda la vida. Como comprenderá, no quiero forzarlos a recordar los malos ratos que pasaron, pero conocer su pasado me ayudaría a lidiar con algunos de sus problemas.

—Quizá podamos reunirnos en privado más adelante para hablar al respecto —dije, sonriendo —Me alegra saber que los niños están en buenas manos —luego, meneando la cabeza, exclamé —¡Aún no puedo creer que estén emparentados con Jimin!

—Este tipo de cosas suele ocurrirnos —rio EunHa, la esposa del hombre cuya esencia sobrenatural no dejaba de inquietarme a pesar de la evidente nobleza de su carácter —Para darle un ejemplo, SooBin y yo conocimos a SaeRon en una estación de tren, y poco después nos enteramos de que estaba profundamente enamorada de YeonJun, a quien aún no conocíamos a pesar de pertenecer a la misma familia.

—¡Vaya! —reí a mi vez —Al parecer la sangre llama a la sangre —En este punto, todos me dirigieron una brevísima mirada particular que, si bien no me asustó, me dio la fuerte sensación de que compartían un secreto. Tendría que preguntarle a Jimin más adelante qué impresión le habían

causado sus parientes lejanos, especialmente el mayor de los dos hombres. Tras pasar otro rato conversando con los miembros de la Orden y sus esposas, Jimin y yo guiamos a nuestros huéspedes al inmenso comedor. En esta ocasión, él y yo ocupamos una de las cabeceras, con Alexandru de Chak y su esposa frente a nosotros en la cabecera opuesta. El prometido de El había llegado y ella estaba radiante. Ver a mi nana tan feliz me llenaba de dicha, así que puse mi mano sobre la suya y me incliné hacia ella para susurrarle:

—SeungWon es fantástico, mamá El —Ella sonrió, suspirando, tras de lo cual replicó de modo que solo yo pudiese escucharla:

—Y Pie de Bruja no está nada mal —Aunque YeJin había hecho lo posible por pasar desapercibida, podía sentir su odio a través de la habitación: aquella noche se había puesto un vestido de encaje color marfil de cuello alto y mangas amplias que la hacía ver excesivamente delgada y descolorida. Por otra parte, se había recogido los cabellos en la coronilla, lo cual era preferible a los detestables moños que solía usar. Si bien aún no se atrevía a mirarme o hablarme, estaba seguro de que me dirigía imprecaciones para sus adentros pues, además del desdén que siempre me había profesado, Jimin había causado en ella una impresión indeleble, la cual yo no habría podido anticipar a pesar de la magnitud de mis poderes pero percibía con toda claridad: se había encaprichado con él. Sabía que una contingencia semejante tenía que haberla tomado por sorpresa, pues las mujeres como YeJin carecen de pasión y son generalmente incapaces de sinceridad aun para consigo mismas. Jimin, por ser distinto a todos los hombres del mundo, y en especial por el fuego que albergaba en su interior, había ocupado los pensamientos de YeJin desde el instante en que ella lo había contemplado por primera vez, aunque ella se lo atribuyese a su exquisita belleza balcánica, a su origen noble o a su inmensa fortuna: lo cierto es que mi cobarde enemiga se había enamorado del mismo pobre bastardo que yo, y olvidarlo le tomaría toda la vida. Este no era, claro está, el tipo de resarcimiento que yo estaba buscando, pues había soñado con divertirme a costa suya desde la niñez, y lo haría aunque en cierto modo la compadeciese a causa de sus inesperados sentimientos por Jimin. Después de la cena, cuando los hombres y El se retiraron a fumar y las otras mujeres pasaron al salón de piano donde ardía una gran chimenea, YeJin se detuvo frente a mí en el extremo del pasillo para escrutarme de pies a cabeza, tras de lo cual afirmó:

—Tienes que ser un brujo después de todo pues, a pesar de que ahora tengas ropas finas, no tiene sentido que el señor Drăculești se haya fijado en ti —Solté una carcajada.

—En eso tienes toda la razón, YeJin.

—Ah... ¿sí? —balbuceó ella desconcertada.

—Sí. Al fin descubriste que el amor no es un ejercicio racional. La pasión que Jimin y yo compartimos trasciende, por supuesto, el vestido, y se expresa mucho mejor en ausencia del mismo. Por cierto: ¿qué tal tu matrimonio con Seokjin?

—¡Por Dios! —exclamó casi ahogándose, y pasando por alto mi pregunta —¿Admites que lo sedujiste?

—Diría que quien me sedujo fue él —reí, regodeándome en el iracundo rubor que la cubría —¿Qué pasa, YeJin? ¿Tienes celos?

—¡Claro que no! —chilló —¡Ocurre que eres un desfachatado y no acostumbro tratar con hombres de poca honra!

—Oh, YeJin, siempre te esmeraste en parecer pudibunda pero ambos sabemos que no pasas de gazmoña. Aun así, admito que no te equivocaste en tu primera afirmación.

—¿En cuál? —inquirió, temblando de indignación moral.

—Después de todo, sí soy un brujo —repliqué, dirigiéndole una mirada asesina y extendiendo las palmas de mis manos hacia ella para recitar un hechizo en latín que la lanzó volando un par de metros hacia atrás. La cara de pavor de YeJin al caer sentada sobre la alfombra estará grabada en mi memoria hasta el día en que muera. Me miró como quien por primera vez se da cuenta de algo que siempre ha estado ante sus ojos y tomó aire para proferir un alarido, pero murmuré una fórmula de strigoiacă que hizo que cayese un rayo cerca de la casa justo a tiempo para camuflar su grito, tras de lo cual se desató una brutal tormenta al estilo de los más diestros strigoi. Acto seguido, chasqueé los dedos para que YeJin solo pudiese susurrar: no deseaba interrupciones en aquel momento de júbilo —¿Ya tienes miedo? —inquirí, avanzando hacia ella, quien retrocedió aterrada, arrastrándose por el corredor.

—Por favor... —susurró, sus ojos humedecidos. Negué con la cabeza, sonriendo al tanto que la miraba con toda la perversidad que podía expresar por medio de mis gestos, la cual, sin duda, era inmensa. Pronto llegamos a una habitación oscura en el extremo oriental de la propiedad, la cual estaba repleta de estanterías con libros. Hice que la puerta se azotase detrás de nosotros para que YeJin se sobresaltase y encendí una vela, apuntándola con el dedo índice —Vamos a hablar de brujería —le dije, extendiendo mis dedos hacia la ventana y susurrando en latín para que cayese otro rayo.

—¿Qué vas a hacerme? —sollozó, sacudiéndose como una hoja.

—Adivina.

—¡Por favor, no me mates! —lloró, sin atreverse a dar un paso en ninguna dirección.

—¿Matarte? —inquirí, acercándome a ella, lo cual causó que se replegase sobre sí misma —Estoy pensando en lanzarte un hechizo que te obligue a usar una peluca de pelo de cabra el resto de tus días... Sin embargo, quizá puedas evitarlo.

—¡Haré lo que digas! —clamó.

—Sé buena con Jin.

—¡Seré buena con él! —gimió sin poder elevar la voz.

—Te lo advierto: estaré vigilándote a través de mi bola de cristal —mentí, mordiéndome el labio para evitar reír —También debes dejar de vestir a Daniel como un maldito muñeco.

—¡Lo juro! —hipó, salivando profusamente.

—Nunca, en lo que te queda de vida, vuelvas a referirte a mi nana con desprecio o condescendencia.

—¡Quiero a El! —dijo, por lo cual entorné los ojos, frunciendo el ceño —¡Hablaré de ella como si la quisiera! —se corrigió.

—Por último, YeJin —añadí, gesticulando para que cayese otro rayo —jamás desafíes a un brujo.

—No volveré a pronunciar tu nombre —gimoteó —¡Por favor! ¡Déjame ir!

—Sí que lo haré... pero antes, deja que te quite esas arañas de encima —dije, chasqueando los dedos para que recobrase su potencia vocal y haciendo que la tormenta cesase abruptamente, tras de lo cual abrí la puerta con un gesto. Los alaridos de YeJin deben haber resonado en toda la casa porque, en cuestión de un minuto, todos nuestros invitados llegaron a donde estábamos para hallarme inclinado ante ella, tomando con delicadeza la última araña que caminaba sobre sus faldas.

—¡YeJin! —exclamó Seokjin, viéndola bañada en lágrimas —¡Por poco nos matas del susto! ¡Es tan solo un pequeño artrópodo, por amor de Dios!

—Ya está —dije, abriendo la ventana y sacudiendo mi mano para que la diminuta araña, que segundos antes lucía enorme, partiese —No hay nada de qué preocuparse, YeJin está a salvo.

—Señora Kim, ¿qué hace en un recinto con libros? —la amonestó Jimin con tono burlesco, recordando la ocasión en que ella había confiscado todos mis textos solo para torturarme con la excusa de que me alejaban del matrimonio. Tras una corta pausa en la que estuve casi seguro de que Jimin rompería a reír, añadió: —Se dice que, si por usted fuera, ninguna mujer tendría acceso a ellos.

—Yo... —balbuceó YeJin.

—Es mi culpa —dije, sonriendo —Yo la traje aquí. Quería enseñarle algo, pero su perfecta delicadeza se interpuso entre ella y el conocimiento —Dije la última frase a modo de chanza bienintencionada, de modo que nuestros huéspedes rieron, tomándola con ligereza.

—Lo siento mucho —dijo Jin, rodeando a su esposa con el brazo y llevándola fuera de la estancia —YeJin sufre de los nervios.

—Descuide. Quizá sea hora de que me vaya a dormir, de todos modos —dijo Alexandru de Chak, con tono jovial —Ha sido un día largo y mañana hay una boda a la que asistir. Espero que se reponga del susto, señora Kim.

—Creo que imitaré al señor de Chak —anuncié —¿Vienes conmigo, Jimin?

—Por supuesto —dijo él, sonriendo ampliamente. Tras despedirnos de todos excepto de YeJin, quien aún no había recobrado el habla y permanecía con la vista clavada en el piso, llena de terror, partimos en compañía de El, quien dio las buenas noches a SeungWon con tal candor que me enterneció. Una vez entramos a la casa y cerramos la puerta, los tres reímos largamente en el recibidor. Después, cada uno partió a su respectiva habitación: aunque solía dormir con Jimin, aquella noche ocupé una espaciosa estancia en la que había dispuesto mi traje de bodas, los accesorios que usaría y gran variedad de delicadas esencias de flores para perfumarme al día siguiente. Me tendí cuan largo era en el blando lecho y me dormí con una sonrisa en los labios, pensando en YeJin.